Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
4	2	6	1	4	0
4	7	1	9	0	1
8	2	0	6	1	1
4	9	6	5	1	0
8	1	3	7	0	1
1	2	7	5	0	1
7	8	1	3	0	1

SOLUCION / Pág. 4



Verano/12

ELLA

(Por Luis Gruss) Desde que puso el pie en la ciudad, los perros le muerden el cuello, la ponen contra las cuerdas, aplastan cigarrillos contra sus pechos de ardilla. La empujan, la ensucian, le pasan un camión por encima. Pero ella se levanta de nuevo, como los bujos de Roger Rabbit, y patina suavemente sobre pistas de hielo imaginarias.

Ella va desnuda debajo de la ropa, curiosa manera de limpiar la calle, absurda música. Vino de un país lejano y silencioso donde la gente no sabe qué hora es, y tuvo la mala idea de cruzar el arcoiris. Desde el puente roto de la lluvia miró a escondidas la ceremonia prohibida, el casamiento del zorro. Y ahora ya conoce el sabor del castigo, el olor sin nombre de los hombres sin alma. Ellos la miran pasar sin entender la fuerza secreta de un pez en la inmensa noche. Ellos son montones de papeles engrasados que el viento disuelve en un segundo. Y ella es el perfume descubierto en una flor de durazno. O sea. No existe.

Ahora aprieta los labios y calla. Pero mientras tanto hunde sus piernas en medias de lycra fabulosas. Pinta su boca con la forma de un beso profundo y el color de la tierra quemada bien temprano. Cruza la ciudad como una ambulancia ululante y loca que vuela por las calles para salvar a alguien o a ella misma. Entra y sale de todos los lugares como quien busca a un angel para besarle las alas. A medianoche, por fin, entra a un bar y se sienta a la mesa que está junto a la ventana. Escucha un ruido de voces y vasos y botellas que la envuelven como una extraña canción de cuna.

A la salida siente, como Quiroga, un viento frío que viene del río. Y no hay otra manera de decirlo. Y no existe otro modo de vivir aquí. Ella lo va sabiendo en breves bocanadas de arsénico, y ajusta su corpiño a lo que está por venir. Bajo las bombas grises y la lluvia ácida, entre los gritos vacíos de abogados con sellos de víbora, ella cruza la calle buscando un mar. Cree en su dios cuando le dice que aún es tiempo. *Un angel la vigila y la protege en la ciudad.*

Esta es de San Agustín —había leído su hermana, aparentando ingenuidad— "La soberbia no es grandeza sino hinchazón".

En los teatros, las kermesses, los circos donde presentaban su número, siempre sentía pudor ante mujeres y hombres venidos en pareja. Como si la descubriesen en falta, como si fuesen testigos de que ella, Julia, hiciera algo malo, o mejor, que no hacía algo bueno que debería haber hecho. El sentimiento era tan fuerte, y creciente, que no pocas veces los ojos se le llenaban de lágrimas y estaba segura de que Estela se daba cuenta aunque no le decía nada. Cierta vez hasta se había puesto a llorar mientras su hermana allá arriba con sus brazos rígidos y los hombros encuadrados flameaba como una bandera, y Julia revolvía el aire con la soga gesticulando por el esfuerzo y emitiendo quejidos ahogados, le gustaba exagerar las muecas y los resoplidos porque eran su parte del espectáculo, además los espectadores tenían que darse cuenta de que el esfuerzo era mucho y su parte muy difícil. Estela era corpulenta y pesaba lo suyo a pesar de no tener ni un gramo de grasa, pero bastaba con mirarle los músculos de su espalda y de sus brazos para comprender que no era fácil ni descansado eso de zangolotearla en el espacio jalando de la cuerda con el esparto ya deshilachado en varias partes. Y aquella vez las mejillas se le mojaron de un llanto que refulgía bajo los spots, y Estela, revoloteando por encima de su cabeza, la observaba entre sorprendida y severa, con sus comisuras arqueadas en la sonrisa grotesca que la fuerza centrífuga forzaba en su rostro.

—Ahora es tu turno. Vos decidís si nos volvemos a ver o no.

Julia estaba segura de que Paco le escribiría, ya que evitaba llamarla. El maravilloso fin de semana en el Tigre y la posibilidad de repetirlo eran su garantía. Para él, estaba segura, había sido tan formidable como para ella. Ambos se habían devuelto a sí mismos aquello que hasta entonces habían mantenido a distancia, negándose a la potencia de sus instintos. Y lo habían hecho en circunstancias envidiables, la única posible para quienes tanto temían a sus sentimientos más profundos y sinceros: la coartada de la pasión exorcizada por el amor. Sin embargo Paco no escribía. Los días pasaban y la ansiedad de Julia iba en aumento, tanto que en un descuido, en una kermesse escolar, calculó mal y Estela golpeó su pie contra una columna.

—Hace mucho que esto no sucedía —se había limitado a comentar rengueando, casi sin reproche.

Abría y cerraba el buzoncito de la correspondencia siete, ocho o más veces por día, como si el cartero no pasase sólo una vez por la mañana. Como si el deseo de Julia de encontrar una carta o un mensaje pudiese ser más fuerte que esa realidad avara que sólo le ofrecía cuentas de gas o folletos publicitarios.

—Estás muy nerviosa —diagnosticaba a veces Estela, con el libro de citas abierto sobre su regazo, recogiendo de tanto en tanto alguna estampa religiosa o alguna boleta de compra que se deslizaba de entre sus páginas—. Escuchá: "Si temes la soledad, no te cases", Chéjov.

Julia se dirigió hacia la cocina. En el camino se miró en el espejo que decoraba la salita de entrada. La sobrecogió el descubrirse vestida de negro, gorda, ojerosa, mucho más canosa que la última vez que se había atrevido a espiar su imagen.

—Estás vieja, Julia —dijo cruel—. Y sola —agregó, despiadada.

Encendió la hornalla y llenó la pava de agua. Pobre Estela, pensó, sin dolor. Ella no había conocido la pasión. O muy fugazmente. Con aquella ecuyère de Córdoba, una lituana esbelta, de mirada intrigante, casi tan muscular como Estela.

—Una mujer muy interesante —había comentado, apenas conocerla, y a Julia le había llamado la atención pues su hermana no era de elogiar a nadie. Luego la había descubierto conversando con aquella mujer que gangoseaba las erres y que se reía revoleando su rubia cabellera hacia atrás, el larguísimo látigo siempre en su diestra.

—Me cuenta historias de la guerra. Una vida interesantísima —le confiaba, sus ojos vivaces.

—¿No tiene olor a caballo? —bromeaba Julia, sin malicia, para hacer reír a su hermana que parecía feliz. Y el número les salía mejor que nunca. Aunque el empresario les hubiera dicho lo de la foto y lo de los veinte años.

—Ustedes no parecen artistas de circo. Ustedes son señoras —comentó el otro dueño, el domador de perros. Y lo de "señoras" no había sido un elogio, sino un denunciar aquello que las hermans conocían bien: que algo incongruente marcaba sus vidas desde su inicio, entre un padre acróbata y una madre con modales de dama inglesa que se había casado de apuro expiando un arrebato pasional, en el fondo de algún jardín, con aquel muchacho que la había deslumbrado con sus biceps.

—Ustedes van primero.

Ir primero era lo peor. Cuando el público todavía se acomodaba en sus asientos, cuando nada ni nadie podía lograr que los espectadores se callaran la boca y concentraran su atención.

—Mejor así nos cambiamos y podemos verla a Gertrude.

Gertrude, la ecuyère, y sus caballos árabes era uno de los números centrales y más que observar su figura apretada, de vientre contraído y ademanes marciales, Julia era espectadora de la mirada fascinada de Estela, la boca entreabierta, su blusa subiendo y bajando al compás de una respiración agitada.

—Esta mujer es maravillosa —musitó aunque los caballos le obedeciesen a medias y aunque sus lomos agrisados denunciasen la falta de baño.

—Nos vamos —dijo al día siguiente, apretando los labios, guardando la ropa en el bolso—. Nos vamos enseguida.

Julia no conseguía salir de su sopor, ni siquiera abrir sus ojos , deslumbrada por la luz que Estela había encendido llevándose por delante una silla con gran estrépito.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana.

—¿Las cuatro de la m...?

—Jum —asintió—. Y vestite que nos vamos.

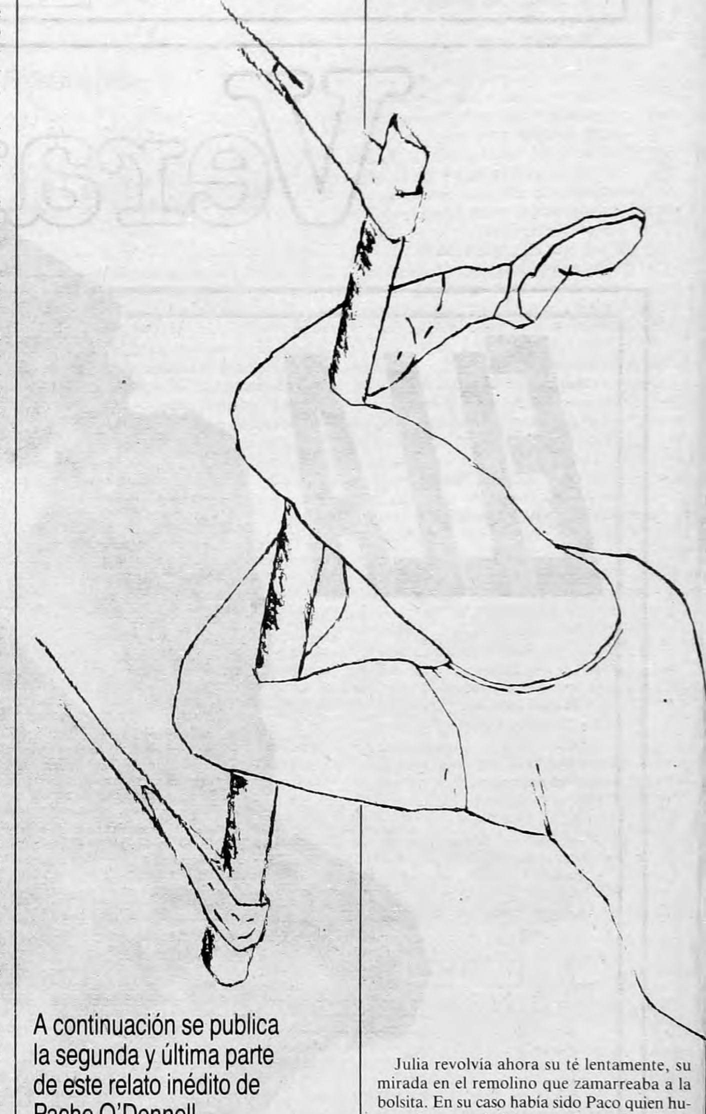
—Estela, ¿es necesario que nos vayamos a esta hora, con este frío?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Julia aunque intuía la respuesta correcta y descontaba la respuesta falsa.

—Porque estoy harta de los desplantes de ese payaso de mierda y de su socio. Son unos groseros.

Julia se levantó, acomodó sus pertenencias y cargando el bolso caminó en silencio detrás de su hermana hasta la alejada estación de tren. Atrás quedaba Gertrude y una pasión peligrosa que Estela sólo había podido conjurar con la huida.



A continuación se publica la segunda y última parte de este relato inédito de Pacho O'Donnell.

(SEGUNDA PARTE)

Julia revolvía ahora su té lentamente, su mirada en el remolino que zamarreaba a la bolsita. En su caso había sido Paco quien huyera. Los años habían pasado y la herida seguía abierta y las lágrimas goteaban inagotables sobre el plástico floreado que cubría la mesa. Aquella carta que nunca llegó po-



LAS HERMANAS

A continuación se publica la segunda y última parte de este relato inédito de Pacho O'Donnell.

(SEGUNDA PARTE)



Esta es de San Agustín —había leído su hermana, aparentando ingenuidad— "La soberbia no es grandeza sino hinchazón".

En los teatros, las kermesses, los circos donde presentaban su número, siempre sentía pudor ante mujeres y hombres venidos en pareja. Como si la descubriesen en falta, como si fuesen testigos de que ella, Julia, hiciera algo malo, o mejor, que no hacía algo bueno que debería haber hecho. El sentimiento era tan fuerte, y creciente, que no pocas veces los ojos se le llenaban de lágrimas y estaba segura de que Estela se daba cuenta aunque no le decía nada. Cierta vez hasta se había puesto a llorar mientras su hermana allá arriba con sus brazos rígidos y los hombros encuadrados flameaba como una bandera, y Julia revolvía el aire con la soga gesticulando por el esfuerzo y emitiendo quejidos ahogados, le gustaba exagerar las muecas y los resoplidos porque eran su parte del espectáculo, además los espectadores tenían que darse cuenta de que el esfuerzo era mucho y su parte muy difícil. Estela era corpulenta y pesaba lo suyo a pesar de no tener ni un gramo de grasa, pero bastaba con mirarle los músculos de su espalda y de sus brazos para comprender que no era fácil ni descansado eso de zangolotearla en el espacio jalando de la cuerda con el esparto ya deshilachado en varias partes. Y aquella vez las mejillas se le mojaron de un llanto que refulgía bajo los spots, y Estela, revoloteando por encima de su cabeza, la observaba entre sorprendida y severa, con sus comisuras arqueadas en la sonrisa grotesca que la fuerza centrífuga forzaba en su rostro.

—Ahora es tu turno. Vos decidís si nos volvemos a ver o no.

Julia estaba segura de que Paco le escribiría, ya que evitaba llamarla. El maravilloso fin de semana en el Tigre y la posibilidad de repetirlo eran su garantía. Para él, estaba segura, había sido tan formidable como para ella. Ambos se habían devuelto a sí mismos aquello que hasta entonces habían mantenido a distancia, negándose a la potencia de sus instintos. Y lo habían hecho en circunstancias envidiables, la única posible para quienes tanto temían a sus sentimientos más profundos y sinceros: la coartada de la pasión exorcizada por el amor. Sin embargo Paco no escribía. Los días pasaban y la ansiedad de Julia iba en aumento, tanto que en un descuido, en una kermesse escolar, calculó mal y Estela golpeó su pie contra una columna.

—Hace mucho que esto no sucedía —se había limitado a comentar rengueando, casi sin reproche.

Abría y cerraba el buzoncito de la correspondencia siete, ocho o más veces por día, como si el cartero no pasase sólo una vez por la mañana. Como si el deseo de Julia de encontrar una carta o un mensaje pudiese ser más fuerte que esa realidad avara que sólo le ofrecía cuentas de gas o folletos publicitarios.

—Estás muy nerviosa —diagnosticaba a veces Estela, con el libro de citas abierto sobre su regazo, recogiendo de tanto en tanto alguna estampa religiosa o alguna boleta de compra que se deslizaba de entre sus páginas—. Escuchá: "Si temes la soledad, no te cases", Chéjov.

Julia se dirigió hacia la cocina. En el camino se miró en el espejo que decoraba la salita de entrada. La sobrecogió el descubrirse vestida de negro, gorda, ojerosa, mucho más canosa que la última vez que se había atrevido a espiar su imagen.

—Estás vieja, Julia —dijo cruel—. Y sola —agregó, despiadada.

Encendió la hornalla y llenó la pava de agua. Pobre Estela, pensó, sin dolor. Ella no había conocido la pasión. O muy fugazmente. Con aquella ecuyère de Córdoba, una lituana esbelta, de mirada intrigante, casi tan muscular como Estela.

—Una mujer muy interesante —había comentado, apenas conocerla, y a Julia le había llamado la atención pues su hermana no era de elogiar a nadie. Luego la había descubierto conversando con aquella mujer que gangoseaba las erres y que se reía revoleando su rubia cabellera hacia atrás, el larguísimo látigo siempre en su diestra.

—Me cuenta historias de la guerra. Una vida interesantísima —le confiaba, sus ojos vivaces.

—¿No tiene olor a caballo? —bromeaba Julia, sin malicia, para hacer reír a su hermana que parecía feliz. Y el número les salía mejor que nunca. Aunque el empresario les hubiera dicho lo de la foto y lo de los veinte años.

—Ustedes no parecen artistas de circo. Ustedes son señoras —comentó el otro dueño, el domador de perros. Y lo de "señoras" no había sido un elogio, sino un denunciar aquello que las hermans conocían bien: que algo incongruente marcaba sus vidas desde su inicio, entre un padre acróbata y una madre con modales de dama inglesa que se había casado de apuro expiando un arrebato pasional, en el fondo de algún jardín, con aquel muchacho que la había deslumbrado con sus bíceps.

—Ustedes van primero.

Ir primero era lo peor. Cuando el público todavía se acomodaba en sus asientos, cuando nada ni nadie podía lograr que los espectadores se callaran la boca y concentraran su atención.

—Mejor así nos cambiamos y podemos verla a Gertrude.

Gertrude, la ecuyère, y sus caballos árabes era uno de los números centrales y más que observar su figura apretada, de vientre contraído y ademanes marciales, Julia era espectadora de la mirada fascinada de Estela, la boca entreabierta, su blusa subiendo y bajando al compás de una respiración agitada.

—Esta mujer es maravillosa —musitó aunque los caballos le obedeciesen a medias y aunque sus lomos agrisados denunciasen la falta de baño.

—Nos vamos —dijo al día siguiente, apretando los labios, guardando la ropa en el bolso—. Nos vamos enseguida.

Julia no conseguía salir de su sopor ni siquiera abrir sus ojos , deslumbrada por la luz que Estela había encendido llevándose por delante una silla con gran estrépito.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana.

—¿Las cuatro de la m...?

—Jum —asintió—. Y vestite que nos vamos.

—Estela, ¿es necesario que nos vayamos a esta hora, con este frío?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Julia aunque intuía la respuesta correcta y descontaba la respuesta falsa.

—Porque estoy harta de los desplantes de ese payaso de mierda y de su socio. Son unos groseros.

Julia se levantó, acomodó sus pertenencias y cargando el bolso caminó en silencio detrás de su hermana hasta la alejada estación de tren. Atrás quedaba Gertrude y una pasión peligrosa que Estela sólo había podido conjurar con la huida.

Julia revolvía ahora su té lentamente, su mirada en el remolino que zamarreaba a la bolsita. En su caso había sido Paco quien huyera. Los años habían pasado y la herida seguía abierta y las lágrimas goteaban inagotables sobre el plástico floreado que cubría la mesa. Aquella carta que nunca llegó podía haber cambiado su vida, no sabía si para mejor o para peor, pero la hubiera cambiado. La hubiese rescatado de ese deambular sin grandeza de una feria a una kermesse, de un circo a un festival escolar, siempre lo mismo, lo único que Estela y ella sabían hacer desde pequeñas, un destino que a ella nunca le había gustado. Al principio lo había hecho para contentar a su padre y luego sólo para subsistir mientras su razón de ser se apostaba en su relación con Paco, su prolongada relación con Paco, una relación que hubiese justificado su lentísimo desarrollo a lo largo de años si su final hubiera sido el que correspondía. Porque aquella carta que nunca llegó le había quitado sentido a casi toda su vida y, por sobre todas las cosas, le había impedido convertirse en una mujer verdadera. Porque aquella tarde maravillosa e irrepetible del Tigre no bastaba, había sido sólo el prólogo de un gran libro que luego, sorpresivamente, había mostrado sus páginas desgarradoramente blancas, vacías.

Lo que era aún más cruel, insoportablemente cruel, era que el tiempo había pasado en ella, demoledor. En su cuerpo, en sus cosas, en su alma. También en su hermana. Matándola. Y seguía pasando muy velozmente, asesino, como deseando terminar con todo a la brevedad posible.

Parecía ayer. Todavía era adolescente y Estela se había arrancado un diente y aflojado otros tratando de imitar el mismo final de Miss Margaret y entonces mordía el esparto de la cuerda y apretaba sus quijadas cuanto podía, sus brazos hacia atrás en posición de alas, aguantando el dolor que inundaba su cara de lágrimas. Y Julia, debajo, maniobraba con la cuerda acongojada por el sufrimiento de su hermana pero convencida de que finalmente lo lograría, porque se lo había propuesto. Pero no hizo falta que Estela sacrificase más dientes porque su padre les explicó en la tétrica sala del dentista hospitalario que la prueba tenía su truco, una brida que pasaba por la nuca y que era en realidad la que sostenía el peso de la acróbata, engañando a los espectadores.

—No haremos más lo de la boca —había dicho Estela muchos años después, hacía ya muchos años—. El médico me lo ha prohibido.

Es que las vértebras enmohecidas, reumatizadas, ya no aceptaban que su número se cerrase con aquel golpe de efecto que, cuando se podía, acompañaban con el redoble de un tambor. También quitaron la prueba en que Estela simulaba zafarse de la cuerda y salía despedida en medio de exclamaciones y respingos alarmados del público, pero otra cuerda inesperada detenía su vuelo centrifugatorio y la devolvía al refugio de su cuerda vertical para que entonces saludase a los espectadores aliviados aunque también desilusionados con una elegante ampulosidad que arqueaba su espalda y derramaba su brazo hacia atrás. Pero a Julia le fue siendo cada vez más difícil aguantar el tirón del peso de su hermana y entonces enlentecieron los giros para que la catapulta fuese menos vigorosa, también acortaron la brida para que el vuelo y su consiguiente impacto fuesen menores. Pero fue inútil, Julia no podía evitar que el tirón la arrancase de su lugar y la hiciese trastabillar por el escenario provocando las risas de los espectadores.

—Dejémoslo así. Funciona como detalle cómico —propuso Estela, remisa a renunciar a ese saludo tan airoso que la hacía sentirse bien, casi grandiosa, allí arriba, los spots incendiando su cuerpo.

—No es cómico —respondió definitivamente su hermana—. Envejecer es trágico.

Estas mutilaciones de su número fueron debilitándolo. Los años, por su parte, fueron retaceando de sus cuerpos esa energía gozosa y atractiva que les daba la juventud. Y, por supuesto, la gordura de Julia.

—Una gorda sobre un escenario es diez veces más gorda —había opinado el organizador de una kermesse, sin quitarse el pucho de los labios y entrecerrando sus ojos para que el humo no los invadiese—. El año pasado estaba más flaca —continuó, inmisericorde, y Julia sintió vergüenza no tanto por el tipo ése a quien nunca más vería, sino porque ella y su hermana sabían que nada lograría evitar que el próximo año su cuerpo cargase con algunos kilos más.

Lo cierto era que su número había ido devaluándose con el correr de los años, perdiendo los lugares estelares de ferias y kermesses, quedando relegado para los inicios o para los intervalos. También les había sido cada vez más difícil conseguir contratos, a pesar de que destinaban al menos dos horas diarias a recorrer iglesias, clubes e instituciones benéficas repartiendo tarjetones y volantes con su foto y con sus señas.

—¡Una sala de striptís! —murmuró Julia tapando el auricular—. Llaman de una sala de striptís.

Estela también abrió los ojos.

—¿Qué quieren? —El susurro de su hermana había sido aún más tensado.

—¡Contratarnos...!

—Contrat...

Fueron. Con la condición de no variar en nada lo que siempre hacían.

—Hagan lo que quieran —les había dicho el hombre—. Las necesitamos porque la policía nos fastidia mucho y queremos mostrarles que damos un espectáculo de jerarquía, que no todo es tetas y culos.

Hacía mucho que las hermanas no trabajaban con tanto entusiasmo, empeñadas en que lo suyo rezumase jerarquía en cada gesto y en cada ademán, diferrenciándose de la jovencitas que iban a continuación de ellas, procaces y de carnes duras, conversando sólo con el mago, un setentón de aspecto distinguido, jubilado bancario, que cumplía la misma misión que las hermanas: salir al escenario ante la indicación de que algún inspector o alguien con aspecto de inspector había entrado en la sala. Aunque las acrobacias aéreas o las prestidigitaciones se reiteraran varias veces ante las protestas de los desprevenidos espectadores. Así noche tras noche, durante más de un mes, hasta que:

—No vengan más. Hoy fue la última función para ustedes —decía el hombre mientras les pagaba hasta el último centavo—. Ya arreglamos con la cana así que no las necesitamos más —a las hermanas—. A usted tampoco, abuelo —al mago—.

Lo cierto era que su vida se había ido tornando día a día más difícil.

—Te escapaste a tiempo —suspiró Julia—. Me dejaste sola.

Estela, de haber podido, le hubiera respondido animándola, siempre había asumido el rol de la entusiasta, de la que soplaba la llamita de la esperanza. "Porque hay vida hay esperanza", decía siempre, citando a Cicerón. Pero ya no estaba y nadie iba a trepar a la cuerda con sus brazos poderosos para pagar las compras en el supermercado o las cuentas de la luz.

Todo hubiera sido distinto si Paco hubiese dado señales de vida luego de aquella tarde en el Tigre. Quizás hoy tendrían hijos, amigos, parientes. Julia se preocuparía con las preocupaciones de las mujeres casadas. Se angustiaría con las angustias de las mujeres que tienen personas que proteger y cosas que cuidar. Se sentiría triste por circunstancias que de todas maneras apuntarían hacia el futuro, por ejemplo el descarrío de algún hijo. En cambio lo que ensombrecía el alma de Julia, lo que estaba segura de que terminaría por agusanar su espíritu era esa sensación de nada absoluta que emergía, desfondada ya la relación con su hermana, desde un destino que parecía haber tomado por un camino equivocado.

—Ay —dijo la mujer, una mano sobre el respaldo de una silla, como buscando apoyo para su desconsuelo. Se arrodilló frente al crucifijo que pendía, algo ladeado, sobre el bargueño, y rezó. Se dio cuenta de que hacía mucho que no rezaba, es decir, acompañar los padrenuestros y los avemarías con anhelo. Desde lo de Paco, cuando a lo largo de meses y años se había arrodillado frente a ese crucifijo que se transmitía familiarmente de generación en generación para implorar por la carta, por la bendita carta. Luego a medida que la decepción y el pesimismo crecían fue virando sus oraciones implorantes por deseos vengativos, y entonces rogaba a Cristo, a Dios y a todos los santos que cayeran sobre Paco enfermedades y accidentes, desgracias e infortunios.

—Amén —terminó y se puso de pie dándose un envión contra el bargueño. Parecía como si una decena de años se hubiesen desplomado sobre sus huesos y músculos, agarrotándolos y debilitándolos. Se propuso caminar para hacer desaparecer dicha sensación y cruzó la sala. Sus ojos se posaron sobre la alada figura que ilustraba la portada del *Libro de las citas*. Lo tomó en sus manos y se dio cuenta de que iba a violar el secreto pacto mantenido durante tantos años con Estela: no curiosear entre sus páginas. Se aproximó a la ventana para ver mejor y acomodó sus anteojos sobre la nariz. Reconoció la tosca escritura de su padre en alguna carta y la forzada caligrafía de su madre en varias tarjetas postales. Súbitamente se topó con una fotografía que reconoció de inmediato: Gertrude, la ecuyère, quien la dedicaba a "mi querida amiga". El corazón de Julia había comenzado a latir con prisa cada vez mayor, como anticipándose a lo que iba a suceder en la página 27, donde se encolumnaban citas sobre "destino": un manojo de cartas primorosamente atadas con una cinta roja. Julia exhaló un gemido como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el vientre. Bruscamente cerró el libro con un sordo estampido que agitó el polvillo que flotaba en la luz filtrada a través de las cortinas. Durante varios minutos permaneció con sus ojos fijos y abiertos, sin pestañear mientras su pecho subía y bajaba con una respiración agitada que también contraía y dilataba su nariz. La sangre parecía haber abandonado su piel y una palidez violácea pintaba una máscara en su rostro. Por fin volvió a abrir el libro en la página 27 y desató la cinta roja con dedos temblorosos.

"Mi amadísima Julita:

Han pasado apenas algunas horas desde que nos separamos y ya estoy escribiéndote, entre nubes, henchido de felicidad, para agradecerte los maravillosos días que pasamos juntos en el Tigre. Claro que quiero casarme contigo. Mejor dicho: lo que anhelo con toda mi alma es vivir a tu lado hasta el fin de nuestros días. Si eso se llama casamiento, pues entonces sí, quiero casarme contigo mañana mismo. O esta noche, si así lo dispones."

Tomó otra carta, que desplegó despaciosamente, y leyó un párrafo al azar:

"Comprendo que te tomes tus días para contestarme pues una decisión como ésta no es fácil. Pero quiero que sepas que seré el mejor de los maridos y llegado el momento me esforzaré por ser el mejor de los padres pues sé que eso te hará feliz. Y nada hay que yo más desee que ..."

Otra: "Tu silencio me extraña, tanto que ayer me atreví a llamarte por teléfono. Me atendió, como siempre, tu hermana y me dijo que no estabas y que te trasmitiría mi recado. Esperé tu llamado toda la tarde, sin despegarme del teléfono, sintiendo que a cada segundo una herida se ensanchaba en mi corazón".

Otra: "¿Quieres que nos volvamos a encontrar? Te esperaré este fin de semana, al mediodía, en nuestro hotel del Tigre. Yo me encargaré de reservar la misma habitación. Estoy seguro de que entonces te decidirás. No me falles. Te amo. Te adoro".

Dejó caer al piso las cuatro o cinco restantes, hundió su mentón en el pecho y sus brazos colgaron a ambos lados del sillón.

—Paco —murmuró como llamando, pero nadie la escuchó.

día haber cambiado su vida, no sabía si para mejor o para peor, pero la hubiera cambiado. La hubiese rescatado de ese deambular sin grandeza de una feria a una kermesse, de un circo a un festival escolar, siempre lo mismo, lo único que Estela y ella sabían hacer desde pequeñas, un destino que a ella nunca le había gustado. Al principio lo había hecho para contentar a su padre y luego sólo para subsistir mientras su razón de ser se apostaba en su relación con Paco, su prolongada relación con Paco, una relación que hubiese justificado su lentísimo desarrollo a lo largo de años si su final hubiera sido el que correspondía. Porque aquella carta que nunca llegó le había quitado sentido a casi toda su vida y, por sobre todas las cosas, le había impedido convertirse en una mujer verdadera. Porque aquella tarde maravillosa e irrepetible del Tigre no bastaba, había sido sólo el prólogo de un gran libro que luego, sorpresivamente, había mostrado sus páginas desgarradoramente blancas, vacías.

Lo que era aún más cruel, insoportablemente cruel, era que el tiempo había pasado en ella, demoledor. En su cuerpo, en sus cosas, en su alma. También en su hermana. Matándola. Y seguía pasando muy velozmente, asesino, como deseando terminar con todo a la brevedad posible.

Parecía ayer. Todavía era adolescente y Estela se había arrancado un diente y aflojado otros tratando de imitar el mismo final de Miss Margaret y entonces mordía el esparto de la cuerda y apretaba sus quijadas cuanto podía, sus brazos hacia atrás en posición de alas, aguantando el dolor que inundaba su cara de lágrimas. Y Julia, debajo, maniobraba con la cuerda acongojada por el sufrimiento de su hermana pero convencida de que finalmente lo lograría, porque se lo había propuesto. Pero no hizo falta que Estela sacrificase más dientes porque su padre les explicó en la tétrica sala del dentista hospitalario que la prueba tenía su truco, una brida que pasaba por la nuca y que era en realidad la que sostenía el peso de la acróbata, engañando a los espectadores.

—No haremos más lo de la boca —había dicho Estela muchos años después, hacía ya muchos años—. El médico me lo ha prohibido.

Es que las vértebras enmohecidas, reumatizadas, ya no aceptaban que su número se cerrase con aquel golpe de efecto que, cuando se podía, acompañaban con el redoble de un tambor. También quitaron la prueba en que Estela simulaba zafarse de la cuerda y salía despedida en medio de exclamaciones y respingos alarmados del público, pero otra cuerda inesperada detenía su vuelo centrifugatorio y la devolvía al refugio de su cuerda vertical para que entonces saludase a los espectadores aliviados aunque también desilusionados con una elegante ampulosidad que arqueaba su espalda y derramaba su brazo hacia atrás. Pero a Julia le fue siendo cada vez más difícil aguantar el tirón del peso de su hermana y entonces enlentecieron los giros para que la catapulta fuese menos vigorosa, también acortaron la brida para que el vuelo y su consiguiente impacto fuesen menores. Pero fue inútil, Julia no podía evitar que el tirón la arrancase de su lugar y la hiciese trastabillar por el escenario provocando las risas de los espectadores.

—Dejémoslo así. Funciona como detalle cómico —propuso Estela, remisa a renunciar a ese saludo tan airoso que la hacía sentirse bien, casi grandiosa, allí arriba, los spots incendiando su cuerpo.

—No es cómico —respondió definitivamente su hermana—. Envejecer es trágico.

Estas mutilaciones de su número fueron debilitándolo. Los años, por su parte, fueron retaceando de sus cuerpos esa energía gozosa y atractiva que les daba la juventud. Y, por supuesto, la gordura de Julia.

—Una gorda sobre un escenario es diez veces más gorda —había opinado el organizador de una kermesse, sin quitarse el pucho de los labios y entrecerrando sus ojos para que el humo no los invadiese—. El año pasado estaba más flaca —continuó, inmisericorde, y Julia sintió vergüenza no tanto por el tipo ése a quien nunca más vería, sino porque ella y su hermana sabían que nada lograría evitar que el próximo año su cuerpo cargase con algunos kilos más.

Lo cierto era que su número había ido devaluándose con el correr de los años, perdiendo los lugares estelares de ferias y kermesses, quedando relegado para los inicios o para los intervalos. También les había sido cada vez más difícil conseguir contratos, a pesar de que destinaban al menos dos horas diarias a recorrer iglesias, clubes e instituciones benéficas repartiendo tarjetones y volantes con su foto y con sus señas.

—¡Una sala de striptís! —murmuró Julia tapando el auricular—. Llaman de una sala de striptís.

Estela también abrió los ojos.

—¿Qué quieren? —El susurro de su hermana había sido aún más tensado.

—¡Contratarnos...!

—Contrat...

Fueron. Con la condición de no variar en nada lo que siempre hacían.

—Hagan lo que quieran —les había dicho el hombre—. Las necesitamos porque la policía nos fastidia mucho y queremos mostrarles que damos un espectáculo de jerarquía, que no todo es tetas y culos.

Hacía mucho que las hermanas no trabajaban con tanto entusiasmo, empeñadas en que lo suyo rezumase jerarquía en cada gesto y en cada ademán, diferrenciándose de la jovencitas que iban a continuación de ellas, procaces y de carnes duras, conversando sólo con el mago, un setentón de aspecto distinguido, jubilado bancario, que cumplía la misma misión que las hermanas: salir al escenario ante la indicación de que algún inspector o alguien con aspecto de inspector había entrado en la sala. Aunque las acrobacias aéreas o las prestidigitaciones se reiteraran varias veces ante las protestas de los desprevenidos espectadores. Así noche tras noche, durante más de un mes, hasta que:

—No vengan más. Hoy fue la última función para ustedes —decía el hombre mientras les pagaba hasta el último centavo—. Ya arreglamos con la cana así que no las necesitamos más —a las hermanas—. A usted tampoco, abuelo —al mago—.

Lo cierto era que su vida se había ido tornando día a día más difícil.

—Te escapaste a tiempo —suspiró Julia—. Me dejaste sola.

Estela, de haber podido, le hubiera respondido animándola, siempre había asumido el rol de la entusiasta, de la que soplaba la llamita de la esperanza. "Porque hay vida hay esperanza", decía siempre, citando a Cicerón. Pero ya no estaba y nadie iba a trepar a la cuerda con sus brazos poderosos para pagar las compras en el supermercado o las cuentas de la luz.

Todo hubiera sido distinto si Paco hubiese dado señales de vida luego de aquella tarde en el Tigre. Quizás hoy tendrían hijos, amigos, parientes. Julia se preocuparía con las preocupaciones de las mujeres casadas. Se angustiaría con las angustias de las mujeres que tienen personas que proteger y cosas que cuidar. Se sentiría triste por circunstancias que de todas maneras apuntarían hacia el futuro, por ejemplo el descarrío de algún hijo. En cambio lo que ensombrecía el alma de Julia, lo que estaba segura de que terminaría por agusanar su espíritu era esa sensación de nada absoluta que emergía, desfondada ya la relación con su hermana, desde un destino que parecía haber tomado por un camino equivocado.

—Ay —dijo la mujer, una mano sobre el respaldo de una silla, como buscando apoyo para su desconsuelo. Se arrodilló frente al crucifijo que pendía, algo ladeado, sobre el bargueño, y rezó. Se dio cuenta de que hacía mucho que no rezaba, es decir, acompañar los padrenuestros y los avemarías con anhelo. Desde lo de Paco, cuando a lo largo de meses y años se había arrodillado frente a ese crucifijo que se transmitía familiarmente de generación en generación para implorar por la carta, por la bendita carta. Luego a medida que la decepción y el pesimismo crecían fue virando sus oraciones implorantes por deseos vengativos, y entonces rogaba a Cristo, a Dios y a todos los santos que cayeran sobre Paco enfermedades y accidentes, desgracias e infortunios.

—Amén —terminó y se puso de pie dándose un envión contra el bargueño. Parecía como si una decena de años se hubiesen desplomado sobre sus huesos y músculos, agarrotándolos y debilitándolos. Se propuso caminar para hacer desaparecer dicha sensación y cruzó la sala. Sus ojos se posaron sobre la alada figura que ilustraba la portada del *Libro de las citas*. Lo tomó en sus manos y se dio cuenta de que iba a violar el secreto pacto mantenido durante tantos años con Estela: no curiosear entre sus páginas. Se aproximó a la ventana para ver mejor y acomodó sus anteojos sobre la nariz. Reconoció la tosca escritura de su padre en alguna carta y la forzada caligrafía de su madre en varias tarjetas postales. Súbitamente se topó con una fotografía que reconoció de inmediato: Gertrude, la ecuyère, quien la dedicaba a "mi querida amiga". El corazón de Julia había comenzado a latir con prisa cada vez mayor, como anticipándose a lo que iba a suceder en la página 27, donde se encolumnaban citas sobre "destino": un manojo de cartas primorosamente atadas con una cinta roja. Julia exhaló un gemido como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el vientre. Bruscamente cerró el libro con un sordo estampido que agitó el polvillo que flotaba en la luz filtrada a través de las cortinas. Durante varios minutos permaneció con sus ojos fijos y abiertos, sin pestañear mientras su pecho subía y bajaba con una respiración agitada que también contraía y dilataba su nariz. La sangre parecía haber abandonado su piel y una palidez violácea pintaba una máscara en su rostro. Por fin volvió a abrir el libro en la página 27 y desató la cinta roja con dedos temblorosos.

"Mi amadísima Julita:

Han pasado apenas algunas horas desde que nos separamos y ya estoy escribiéndote, entre nubes, henchido de felicidad, para agradecerte los maravillosos días que pasamos juntos en el Tigre. Claro que quiero casarme contigo. Mejor dicho: lo que anhelo con toda mi alma es vivir a tu lado hasta el fin de nuestros días. Si eso se llama casamiento, pues entonces sí, quiero casarme contigo mañana mismo. O esta noche, si así lo dispones."

Tomó otra carta, que desplegó despaciosamente, y leyó un párrafo al azar:

"Comprendo que te tomes tus días para contestarme pues una decisión como ésta no es fácil. Pero quiero que sepas que seré el mejor de los maridos y llegado el momento me esforzaré por ser el mejor de los padres pues sé que eso te hará feliz. Y nada hay que yo más desee que ..."

Otra: "Tu silencio me extraña, tanto que ayer me atreví a llamarte por teléfono. Me atendió, como siempre, tu hermana y me dijo que no estabas y que te trasmitiría mi recado. Esperé tu llamado toda la tarde, sin despegarme del teléfono, sintiendo que a cada segundo una herida se ensanchaba en mi corazón".

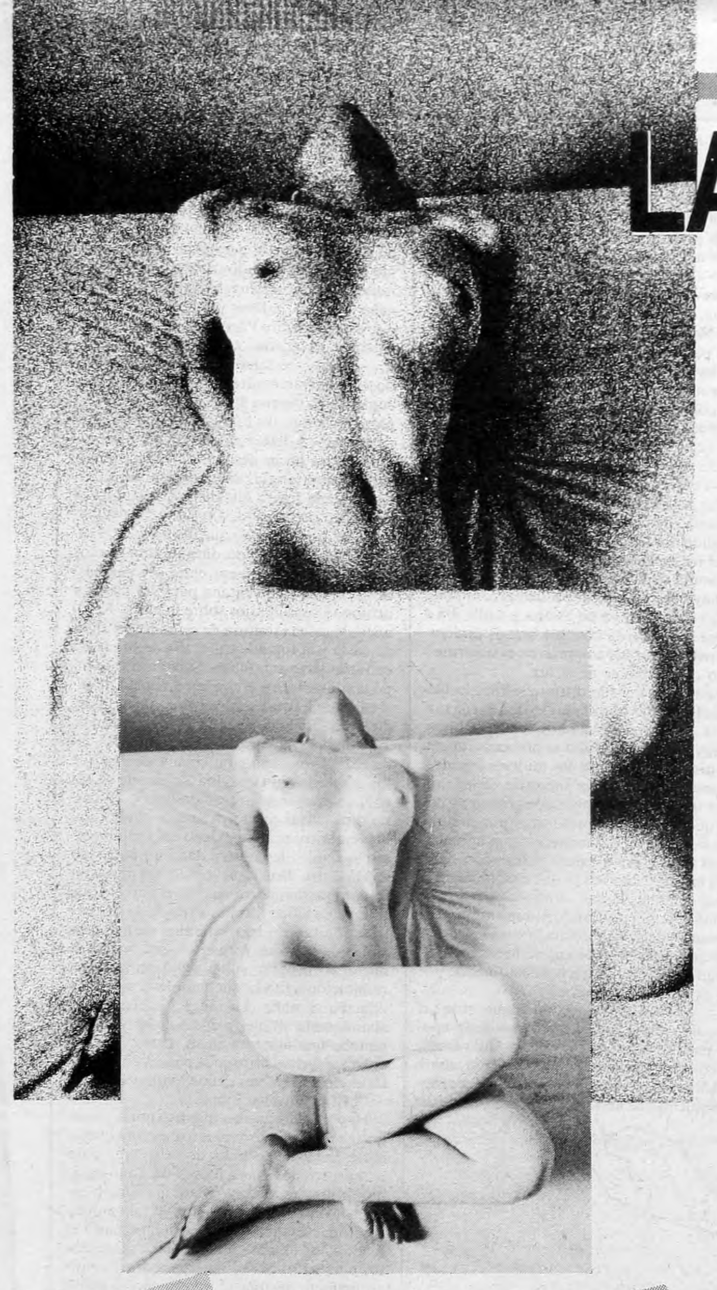
Otra: "¿Quieres que nos volvamos a encontrar? Te esperaré este fin de semana, al mediodía, en nuestro hotel del Tigre. Yo me encargaré de reservar la misma habitación. Estoy seguro de que entonces te decidirás. No me falles. Te amo. Te adoro".

Dejó caer al piso las cuatro o cinco restantes, hundió su mentón en el pecho y sus brazos colgaron a ambos lados del sillón.

—Paco —murmuró como llamando, pero nadie la escuchó.

A S

Pedriel



LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

23. Fosforita

¿Puede, debe un folletín erótico veraniego hablar de la enfermedad y la muerte? No, no debe hacerlo, salvo que sea de manera velada o ambigua, de modo que sólo el que quiera pueda reconocerlo. Pero dejemos estas cuestiones tan difíciles, porque la tía Gladys está muy contenta. En una de las extravagantes conferencias a las que suele concurrir los sábados a la tarde —ésta se llamaba ''Leonardo da Vinci, aeronauta''—, uno de los asistentes, que preguntó sobre los aparatos voladores inventados por Leonardo, dijo ser electricista: la tía Gladys se animó a decirle si él sería tal vez capaz de iluminar los ojos de sus gatos. Ya vimos que la tía Gladys tiene más de veinte gatos embalsamados, todos con el sexo en erección, y que tanto macho había espantado a la pudorosa clientela que ella, modista, supo tener. Hace poco, ella encontró la solución: cubrirlos; enfundarlos con fundas primorosas que ella misma cosió con ayuda de Viviana. Así fueron retornando las clientas, y más de una llegó a pedirle, nomás por curiosidad, que levantara alguna funda; pero la tía Gladys se niega, y sólo en la paz del hogar desenfunda su manada para que tome un poco de aire.

El único defecto de los gatos de la tía Gladys es que sus ojos, de vidrio, no brillan en la oscuridad. Ella buscó solución en los electricistas del barrio, que se abstuvieron o fracasaron. En cambio, Lucio, a la salida de la conferencia, se interesó de veras y prometió venir. Y en esta mañana tan luminosa, tempranito suena el timbre. El visitante debe pasar por la salita, donde, ya sabemos, duerme Viviana, y ella no se ha levantado todavía cuando la tía Gladys corre a abrir la puerta. Ultimamente Viviana duerme mucho; se siente siempre cansada, pero debe ser nomás que anda triste. Entredormida, por primera vez escucha la voz clara de Lucio. El se detiene un instante, la ve.

Viviana sueña un hombre llamado Lucio y él, al verla, sueña haber despertado junto a ella en la mañana de luz.

Lucio examina los gatos con autoridad. La tía Gladys lo mira como a un médico que revisara a un enfermo. Lucio piensa en voz alta: se podría poner unos foquitos detrás de los ojos. El problema es por dónde sacar el cable: ¿por el culo del gato? No; me quedaría bien. Se podrían usar unas pilas chiquitas; habría que hacerles lugar, y prever la manera de cambiarlas. No, no sirve. En realidad, los ojos de los gatos no tienen luz propia sino que fosforescen. Entretanto, Viviana despertó del todo, se levantó, se bañó, se vistió con pantalón de mujer y blusa, tan apurada que dejó sin abrochar los tres botones superiores de la blusa. Toda fresquita viene a ofrecer café. Lucio, absorto, apenas la ve. No, nada de lamparitas; se sienta, se toma la cabeza con las manos, no sabe. Apenas agradece el café. Se levanta, da grandes pasos, las dos mujeres siguen su movimiento, la tía Gladys le hace espacio para que no choque en su ir y venir. De pronto Lucio se detiene: ¡Fosforita! Se acerca a cualquiera de los gatos, lo revisa de nuevo: sí. Fosforita. Lucio se vuelve hacia ellas, y sonríe: Viviana tiene los ojos brillantes. Lucio encontró la solución: ustedes habrán visto esas llaves de luz que brillan suave en la oscuridad: tienen una sustancia que se llama fosforita. Lucio va a preparar una tintura de fosforita y pintará por detrás los ojos de los gatos. Lucio las mira, feliz, y entonces Viviana reaparece para él, con su pantalón de mujer y su blusa donde, por el apuro, los tres botones superiores quedaron sin abrochar. La tía Gladys le está preguntando algo, le pregunta el precio del trabajo. ¿Cómo? No, no le va a costar nada, si yo quiero hacerlo, y me va a servir para algo que estoy inventando, se ruboriza Lucio, se arrepiente de haberlo dicho, es una bicicleta voladora, se arrepiente de contarlo. Viviana contiene la risa al verlo enrojecer por completo y sus ojos brillan, y Lucio no sabe que es él quien los hace brillar.

(El folletín continuará hasta el viernes 14.)

JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ACEITE	HOLLEJO	VENDIMIA
BACO	MOSCATEL	VID
BAYA	PARRA	VINO
BODEGA	PASA	VIÑEDO
BOTELLA	RACIMO	YEMA
DAMAJUANA	SARMIENTO	ZUMO
FRUTO	TONEL	

A	N	A	U	J	A	M	A	D	B	A	P
A	S	I	O	V	I	N	O	A	O	L	T
O	Z	U	M	O	N	A	R	S	T	E	O
C	S	O	D	E	Ñ	I	V	A	E	T	N
A	E	P	F	R	U	T	O	P	L	A	E
B	B	O	D	E	G	A	O	R	L	C	L
T	O	D	O	V	I	D	B	N	A	S	O
A	A	C	E	I	T	E	A	T	A	O	R
H	O	L	L	E	J	O	Y	S	E	M	A
N	P	A	R	R	A	R	A	C	I	M	O
A	M	E	Y	A	I	M	I	D	N	E	V
A	D	S	A	R	M	I	E	N	T	O	A

CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1							■				
2				■							
3					■						
4						■				■	
5	■								■		
6				■				■			
7			■								■
8		■				■					
9							■				
10								■			
11					■						

AYUDAS: ANAO, RIP, SI

Horizontales

1. Partir algo con un instrumento filoso./ Argentinismo, lunfardismo, por cigarrillo, pitillo.
2. Bisonte europeo./ Alimentos.
3. Medida de longitud (pl.)./ En Argentina, capital de Entre Ríos.
4. Canciones de cuna./ Preposición inseparable: de la parte de acá.
5. Fiesta popular con pretexto de una peregrinación./ Símbolo del protactinio.
6. Género de los mamíferos artiodáctilos rumiantes./ Contracción./ Igualdad de nivel.
7. Desinencia aumentativa./ Cerro-jo.
8. Señal de auxilio./ (Rosa) Prestigiosa actriz argentina.
9. Fruta muy delicada (pl.)./ Floto y ando por el agua.
10. Delfines./ Apócope cariñoso de ''doctor''.
11. Municipio de Filipinas (en Luzón)./ Japonés.

Verticales

1. Apócope de ''cuánto''./ Capital de Colombia.
2. Adornaron./ Preposición.
3. Caballo de pelo blanco, gris y bayo (pl.)./ Saludable, que no está enferma.
4. (Tío) Personificación de EE.UU./ Abreviatura común de ''poliomielitis''.
5. Abreviatura de avenida./ Sosegasen, calmasen.
6. ''Resquiéscat in pace''./ Cabeza de ganado./ Apócope de santo.
7. Hesitar./ Símbolo del silicio.
8. Exposición./ Tratamiento de respeto que se antepone al nombre.
9. Altares./ De color rosa.
10. Moneda japonesa equivalente a un centavo de yen./ Lugar donde se fusila.
11. Atrevidas./ Crustáceo parecido a la centolla.

SOLUCIONES

3902

"Las palabras son enanos, los ejemplos son gigantes." Proverbio suizo

